



Tiempo de revancha. Guerra Fría, anticomunismo e historiografía

Time for Revenge. Cold War, Anticommunism and Historiography

Juan Alberto Bozza *

RESUMEN

Los estudios de las repercusiones de la guerra fría en la cultura crecieron en los últimos años. Comenzaron a discernirse un conjunto de controversias que recorrieron el campo de las artes y la creación, de la libertad de prensa y la comunicación y de las controversias en el campo económico y en la teoría social. Han sido menos frecuentes y poco sistemáticas las indagaciones sobre el impacto de la contienda bipolar en la producción y el debate historiográfico. El presente trabajo pretende encaminar la reflexión hacia ese territorio y analizar, como tema específico, a los actores y argumentos que se propusieron cuestionar y desacreditar a la historiografía de inspiración marxista. Algunos interrogantes nos ayudarán a circunscribir de manera más precisa la cuestión. ¿En qué marcos institucionales se canalizaron y transmitieron algunas de estas disputas? O, dicho de otra manera, ¿qué voluntades y agencias se involucraron y patrocinaron trabajos e investigaciones que impugnaron el materialismo histórico? Estas preguntas organizarán el contenido de la primera parte de la ponencia. La segunda parte busca responder otro interrogante: ¿alrededor de qué cuestiones e interpretaciones del pasado se libró esta batalla argumentativa?

Palabras clave: guerra fría, anticomunismo, historiografía, controversias, totalitarismo.

ABSTRACT

Studies of the effects of the cold war in the culture grown in recent years. They began to discern a set of controversies that swept the field of art and creation, freedom of the press and the controversies in the economic field and in social theory. They have been less frequent and systematic inquiries about the impact of bipolar contest in historiographical production. This paper aims to explore that territory and to examine, as a specific topic, the actors and arguments that questioned and discredited Marxist historiography. Some questions will help us identify more precisely the subject. What institutional frameworks were channeled and transmitted some of these disputes? What wills and agencies engaged and sponsored projects and research that challenged historical materialism? These questions will organize the contents of the first part of the paper. The second part seeks to answer another question: on what issues and interpretations of the past this argumentative battle took place?

* Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) / Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) / Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Albertobozza2008@hotmail.com



Keywords: Cold War, anti-communism, historiography, controversies, totalitarianism.

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones de la influencia de la guerra fría en la cultura se han multiplicado en las últimas décadas. Contribuyeron a iluminar controversias en el campo de las artes, la literatura y el ensayo, en el terreno de la comunicación, la economía y de la teoría social. Son todavía escasas las indagaciones que interrogaron el impacto de la contienda bipolar en la historiografía. Este artículo se propone recorrer un territorio si no yermo, poco hospitalario para la reflexión sistemática. Con la voluntad de construir un objeto asequible, enfoca la producción y las intervenciones de una historiografía anticomunista empeñada en cuestionar y desacreditar la obra de historiadores inspirados en la teoría de Marx.¹ Aunque el asedio fue general, nuestra mirada examina, casi con exclusividad, los ataques suscitados en la historiografía francesa. Las razones de esta elección no son menores. Los cuestionamientos reverberaron en regiones sensibles de las controversias históricas del siglo XX. Sus persistentes argumentos traspasaron los límites cronológicos de la guerra fría, suscitando discusiones en la historiografía de nuestros días. Algunos interrogantes nos ayudarán a circunscribir con precisión la cuestión. El primero: ¿en qué marcos institucionales se canalizaron y transmitieron algunas de estas disputas? O, dicho de otra manera, ¿qué voluntades y agencias se involucraron y patrocinaron la impugnación del materialismo histórico? Estas preguntas organizarán el contenido de la primera parte de la ponencia. La reflexión de la segunda parte pretende discernir otro interrogante: ¿alrededor de qué cuestiones e interpretaciones del pasado se libró esta batalla argumentativa?

1 ACTORES E INSTITUCIONES

HERRAMIENTAS

El Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) fue la principal plataforma de movilización de energías anticomunistas en la cultura de posguerra. Se encomendó contrarrestar la acrecida influencia del comunismo en los campos político y cultural de varios países al finalizar la contienda. El CLC fue fundado en junio de 1950 en Berlín occidental. Organizó a un conjunto de artistas e intelectuales que asumieron la defensa de la hegemonía internacional de los Estados Unidos y se declararon en guerra contra la amenaza soviética. Aunque en sus documentos se presentaba como una convocatoria espontánea y autónoma de “pensadores libres”, la asociación fue creada y financiada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y mantuvo una dependencia subrepticia del gobierno norteamericano. Su portentoso presupuesto provenía de fondos del Plan Marshall, canalizados bajo la forma de “donaciones” de fundaciones filantrópicas involucradas con la estrategia

¹ En otro artículo describimos el dogmatismo y los prejuicios antioccidentales de la historiografía soviética oficial. (Bozza, 2015).



internacional del gobierno de Washington.² Estableció su secretariado en París y desarrolló numerosos foros, eventos, publicaciones y seminarios, en los que se denunciaba las acechanzas del totalitarismo comunista y proclamaba la superioridad de los valores culturales de Occidente. El CLC financió varias revistas en las que connotados historiadores se desempeñaron como partisanos del mundo libre. Entre ellos cabe citar a Isaiah Berlin, Hugh Trevor Roper, Hugh Seton-Watson, George Kennan, Arthur Schlesinger Jr., Walter Laqueur, Richard Lowenthal, Robert Conquest, Raymond Aron, James Burnham, Jacob Talmon, Richard Pipes, Leopold Labedz, Franz Borkenau, François Furet y Salvador de Madariaga. Las revistas *Encounter* (Gran Bretaña) y *Preuves* (Francia) fueron las trincheras más activas del anticomunismo.

Editada en Gran Bretaña, *Encounter* fue la tribuna más perdurable (1953-1990). Contó con colaboraciones de académicos de las Universidades de Oxford, Cambridge y Londres, entre ellos Berlin y Trevor Roper. En sus páginas se suscitaban discusiones históricas. Trevor Roper atacó a la obra de Alan John Taylor, un historiador progresista ligado al gran investigador de la revolución rusa Edward H. Carr. Le reprochaba su interpretación del origen de la Segunda Guerra que Taylor atribuía a las ambiciones imperialistas de los contendientes. Otras opiniones de Taylor suscitaban la ira del crítico conservador británico, entre ellas, su análisis de los designios expansionistas de los Estados Unidos, el apoyo de Taylor a las campañas de desarme nuclear, la crítica a la intervención occidental en Suez, en 1956, y la denuncia de la invasión norteamericana de Vietnam. Taylor fue implacable en el retrato del autoritarismo de Stalin y del sectarismo de los partidos comunistas. No obstante, abogaba para que el gobierno británico estableciera relaciones amistosas con la URSS, desafiando el vendaval de ataques macartistas que se abatió sobre sus opiniones (Wrigley, 2006:46).

Preuves fue creada en París en 1951. Confrontó contra la influencia marxista, apuntando a Sartre y *Les Temps Modernes*. Fue la fortaleza del anticomunismo de raíces liberales, democristianas, conservadoras y socialdemócratas. Bajo la guía de François Bondy y Raymond Aron fue una de las principales usinas intelectuales de la teoría del totalitarismo. El término oficiaba como un marco conceptual sumamente rígido que no contemplaba los cambios y contradicciones inherentes a los regímenes estudiados y se aplicaba, casi con exclusividad, contra los sistemas comunistas de su tiempo. Tal rigidez los obnubilaba para pensar fenómenos históricos emergentes. Uno de estos *puntos ciegos* fue la descolonización y la formación de alianzas políticas que proclamaban la no alineación. Los enfoques historiográficos y políticos de *Preuves* repudiaron obstinadamente el neutralismo y las campañas por la distensión y el desarme nuclear por considerar que favorecían la expansión de la URSS (Gremion, 1987: 63-82).

LA COFRADÍA: RAYMOND ARON Y SUS DISCÍPULOS

² La Fundación Fairfield era un organismo pantalla de la CIA y el principal aportante. El Congreso estalló en un escándalo cuando, en 1967, se reveló la digitación solapada de la CIA. (Braden, 1967: 8; Stonor Saunders, 2001: 553-557).



Raymond Aron fue el nexo del dispositivo político cultural americano en Francia y un abogado tenaz del *atlantismo* (Aron, 1948: 25).³ Liberal anticomunista, admirador de Friedrich von Hayek, se integró al principal *think thank* que luchaba contra el socialismo y el keynesianismo, la Sociedad Mont *Pelerin* fundada por el austríaco en abril de 1947. Fue el principal *regisseur* en el teatro europeo de las ciencias sociales.⁴ Su magisterio en la historia de las relaciones internacionales, el campo donde se lo consideraba un especialista, abogó para que las naciones occidentales explicitaran su *beligerancia junto a los Estados Unidos* en la contienda bipolar. El ardor puesto en la defensa de la estrategia norteamericana lo llevaron a colisionar con el propio Charles de Gaulle, partidario de cierta autonomía en la diplomacia francesa. En ocasión de la crisis de los misiles de 1962, Aron juzgaba necesario el intervencionismo de los Estados Unidos en Cuba: la seguridad norteamericana tenía prioridad sobre la cuestión de la soberanía nacional de la isla. Este compromiso con la política exterior de los Estados Unidos lo hizo un pensador influyente sobre Henry Kissinger (Aron, 1967:843; Aron, 1990: 123). Considerado también una autoridad competente en historia, a su alrededor se pergeñaron las principales impugnaciones a la historiografía marxista.⁵ Fue director de estudios políticos de la Escuela Práctica de Altos Estudios, convertida en 1975 en Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales (EHESS). Junto al historiador y admirador François Furet, exaltaron los análisis históricos de Alexis de Tocqueville; condensaban la *única tradición liberal y democrática* emanada de la Revolución Francesa. Los vínculos de Furet con Aron fueron inquebrantables. En 1982 fundó el *Centro de Investigación Política Raymond Aron* de la EHESS, del cual fue director. El *Centro* fue la principal plataforma de rechazo al marxismo en el campo de los estudios políticos. Además de la herencia *tocquevilleana*, el corpus teórico liberal se nutrió con el pensamiento histórico de Condorcet, Constant y Guizot (Leboyer, 2012).⁶

Aron y sus discípulos extendieron ostensiblemente el contenido de la noción de “totalitarismo”. No se refería solamente al régimen soviético y al programa de los intelectuales y partidos de izquierda (Aron, 1965: 54).⁷ Involucraba también a la teoría social y a *toda la historiografía empeñada en indagar las leyes del cambio social, los conflictos de clases y explicar la experiencia del pasado como totalidad social portadora de contradicciones*. Conscientes de su empresa de refutación, consideraban al pasado como un territorio de disputas.

³ Fue calificado, no sin cierto sarcasmo, como un sociólogo de la OTAN. Aron consideraba a los partidos comunistas y al *Kominform* como las fuerzas de la conspiración mundial para favorecer la dominación del imperialismo ruso. En contraste, su interpretación del rol histórico de los EEUU era una síntesis de propaganda y candor hollywoodense. La potencia de Occidente era un imperio bienhechor que defendía la libertad en el mundo de la posguerra; no tenía vocación hegemónica ni expansionista, tan solo voluntad de contención del peligroso enemigo bolchevique.

⁴ Fue el director del Centro de Sociología Europea, creado en 1960, en el seno de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*. (Centre de Sociologie Européenne, 1963: 325-328).

⁵ Su tesis, publicada en 1938, fue *Introducción a la filosofía de la historia: ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*.

⁶ La exaltación de Guizot era llamativa. Se trataba de un historiador liberal elitista, que manifestaba un desprecio visceral por la democracia, a la que temía como un gobierno de la plebe sin fortuna.

⁷ Desdeñaba a los intelectuales pacifistas y de izquierdas de la posguerra por su complicidad con el “totalitarismo” soviético. (Aron, 1972:34-35). Con el mismo desdén se refería a las alternativas neutralistas y antinucleares, acusándolas de ardidés solapados en beneficio de la URSS.



Aunque en la historiografía francesa de posguerra, los investigadores congregados por la revista *Annales* desarrollaron una convivencia respetuosa con el marxismo, algunos de sus miembros y quienes trabajaban en sus adyacencias asumieron una actitud de confrontación, típica de la Guerra Fría. La mayor parte de estos intelectuales *habían sido miembros del comunismo francés*, por lo que esta conducta denotaba una crisis en el Partido que fue la causa de un reguero de renuncias y deserciones. Como en otros países, la ola de disensos y abandonos ocurrió luego de episodios traumáticos, como las revelaciones sobre los crímenes de Stalin del XXº Congreso del PCUS y las invasiones soviéticas de Hungría, en 1956, y de Checoslovaquia, más de una década después, además del malestar contra el sectarismo y monolitismo de la dirección del PCF. La mutación intelectual fue asombrosa; ciertas conversiones parecían sobreactuadas, quizás para lograr un rápido reconocimiento en el campo adversario. Desde la nueva orilla ideológica, recusaron a la historiografía marxista. El repudio al marxismo como teoría social fue acompañado por una encendida defensa del capitalismo, considerado como la única encarnación histórica de la democracia. François Furet fue el mariscal de esta conversión, pero hubo otros cruzados decididos a combatir el materialismo histórico, entre ellos, Emmanuel Le Roy Ladurie, Alain Beçanson, Denis Richet, Jacques Ozouf, Annie Kriegel, E Todd y Paul Veyne. Siempre opuestos al marxismo, Pierre Chaunu, P. Ariés y, aunque ajeno a los *Annales*, ancestrales reaccionarios como Pierre Gaxotte.⁸

2 LA OFENSIVA CONTRA LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA

Los cuestionamientos de los análisis marxistas del pasado discurrieron en el seno de controversias que no fueron ajenas a las ciencias sociales. Es menester acotar, aunque no sea un tema explorado por este trabajo, que el denominado “giro cultural” operado en las ciencias del hombre en las últimas décadas del siglo XX, no conectado directamente con la polarización impuesta por la Guerra Fría, también terminó desacreditando a las historiografías que, como el marxismo, patrocinaban concepciones deterministas en sus estudios del pasado (Burke, 1992:118). A los efectos de establecer una mayor precisión sobre el objeto, analizaremos una serie de polémicas animadas por la refutación a la historiografía marxista. Abordaremos las disputas que, por los temas debatidos y por la representatividad de sus pregoneros, tuvieron un impacto significativo en el desarrollo de la historiografía. Las oposiciones recorrieron cuestiones relacionadas con las interacciones entre teoría histórica e ideología, con la adopción o el rechazo de categorías interpretativas, con procedimientos de reconstrucción selectiva del pasado, con la instrumentación política presentista y el uso de anacronismos en la interpretación de acontecimientos históricos. Para evitar una dispersión reflexiva, decidimos reunir los núcleos controversiales en tres cuestiones: la voluntad o la indiferencia en explicar los cambios sociales, la

⁸ François Dosse ubica el fenómeno de la conversión y de la campaña revanchista contra el marxismo de algunos *annalistas* en la tercera generación (post 68) del grupo. (Dosse, 1988: 224-237). Gaxotte fue admirador y secretario del intelectual monárquico Charles Maurras: Animó varias revistas derechistas y antisemitas en los años 30, desembocando en el colaboracionismo en los “años negros”. Propagó una historiografía contrarrevolucionaria: la revolución era la causa de la decadencia francesa. Imputaba a los pensadores de la Ilustración de “impostores” responsables de la catástrofe social y política eclosionada en 1789. (Julliard y Winock, 1995: 67; Wahnich, 2013 : 122-124).



interpretación de los fenómenos revolucionarios, especialmente la naturaleza y el legado de la Revolución Francesa, y el rol del comunismo en el siglo XX.

LAS ESTRUCTURAS Y LA IRRELEVANCIA DEL CAMBIO SOCIAL

El influjo del estructuralismo ofreció a algunos investigadores una oportunidad para cuestionar a la historiografía marxista. Furet y Le Roi Ladurie acogieron la perspectiva estructural para desechar del análisis del pasado lo que consideraban resabios y detritos de la filosofía de la Ilustración y del materialismo histórico. Sus indagaciones rechazaron pensar los procesos en términos de conflictos y cambios sociales. Solazándose con las teorizaciones de Lévi-Strauss sobre las « sociedades frías » o inertes (Lévi-Strauss, 2004: 32-33), y en Braudel, quien restringía dramáticamente las potencialidades transformadoras de los hombres (Braudel, 1984: 415-418), predicaron las bondades de una historia ralentada, que desconfiaba de las mutaciones y rupturas, y abogaba por las continuidades. Para Le Roi Ladurie, el motor más importante de la historia masiva no se encontraba en la lucha de clases, que imponía la dinámica del cambio, sino en las estructuras profundas e impertérritas de lo económico y de lo biológico. Por tal razón propiciaba una « historia inmóvil » (Le Roi Ladurie, 1974: 673-692).⁹ Según su parecer, era hora de que los historiadores sustituyeran las explicaciones preocupadas por los cambios y aceleraciones temporales en beneficio de la valoración de los factores o agentes (biológicos, demográficos, atmosféricos) que estabilizaban y daban perdurabilidad a los sistemas. Reemplazando a Marx por Malthus, el verdadero desafío de la cientificidad era alcanzar una historia ecológicamente estacionaria que no ocultaba su vocación conservadora (Dosse, 1998: 229-231).¹⁰ La predilección por las inercias provocó en estos historiadores incomodidad y desafección para estudiar y entender a las revoluciones.

CONTRA LA INTERPRETACIÓN “MARXISTA” DE REVOLUCIÓN FRANCESA

Otro asalto contra la historiografía marxista ocurrió en el terreno de la reinterpretación de la naturaleza y las consecuencias de la Revolución Francesa. Antes de ser la antorcha con la que Furet iluminó su prestigio y ubicuidad mediática, el cuestionamiento al legado revolucionario tenía un antiguo linaje. Fue bandera de historiadores y publicistas reaccionarios, que reivindicaban a los regímenes monárquicos y a gobiernos autoritarios fundados en el integrista católico. Intelectuales derechistas *maurrasianos* como Marius André, Augustin Cochin y Pierre Gaxotte difundieron los tradicionales anatemas contrarrevolucionarios: en sus textos, la Revolución era un evento catastrófico,

⁹ La “unificación microbiana de nuestro mundo” era, para el autor, uno de los factores más poderosos de estabilización del ecosistema entre 1300 y 1650.

¹⁰ Para Furet, la historia de las inercias era una “buena terapia” contra la historicidad heredada de la filosofía de la Ilustración y del materialismo histórico.



origen de la decadencia de Francia, de la violencia popular y de la disgregación del orden social.¹¹

En el periodo de la Guerra Fría, las impugnaciones y el tratamiento peyorativo de la Revolución provinieron de historiadores liberales y conservadores que profesaron un ardiente anticomunismo. El británico Alfred Cobban¹² atacó a la llamada interpretación social de la revolución -expresada en las investigaciones de Albert Soboul y Georges Lefebvre-, a la que denunciaba por su inspiración marxista. El hostil abordaje no estaba fundado en un análisis de fuentes, sino en la reinterpretación de la literatura escrita sobre la Revolución. Con estilo desafiante y despreciativo para con sus contrincantes (los acusaba de haber acuñado un “mito”), arraigaba en el mundo académico el enfoque *revisionista* de la revolución. En contraposición con la perspectiva marxista, sostenía que la insurrección de 1789 no era una revolución burguesa contra la nobleza; también cuestionaba que las transformaciones propiciaron la transición del feudalismo al capitalismo. Prisionero de una visión *estrechamente jurídica* del feudalismo, sostenía que este régimen había desaparecido mucho tiempo antes de que la Revolución estallara.¹³ Cobban descartaba la presencia de la burguesía entre los dirigentes revolucionarios y subestimaba los cambios que la Revolución había impuesto a la sociedad francesa. Según su visión, la vida económica, los quehaceres cotidianos, la preeminencia del mundo agrario y el escaso desarrollo industrial permanecieron imperturbables luego de 1789 y, peor aún, la situación de los pobres había desmejorado luego de derrocamiento del antiguo régimen. Su conclusión no destilaba demasiada densidad conceptual: la conmoción de 1789, escribió, era una revolución política con consecuencias sociales (Cobban, 1964: 63-65; Cobban, 1971: 90-112; Cox, 2001: 49-77). Aunque no sea una cuestión indagada en este trabajo, la impugnación de las revoluciones trascendió a la historiografía de Francia. El avance de las interpretaciones anticomunistas se registró en Gran Bretaña, por vía de Hugh Trevor Roper, quien desacreditaba la conceptualización con que los historiadores marxistas habían abordado las revoluciones británicas del siglo XVII (Trevor Roper, 1955: 331-340).¹⁴

Los embates contra la interpretación social de la Revolución Francesa arreciaron poco antes del fin de la Guerra Fría y en el marco de las conmemoraciones del Bicentenario de 1789. Algunos autores pertenecientes a la tercera generación de *Annales* atacaron (y en ocasiones vilipendiaron) al enfoque de los historiadores

¹¹ Las opiniones refractarias de estos autores estaban en línea con las tesis del conservador británico Edmund Burke y su *Reflections on the French Revolution*, de 1790. Sus argumentos defendían los conceptos aristocráticos de paternalismo, lealtad, caballerosidad, el principio hereditario y el carácter inalienable de la propiedad. La revolución era el producto nocivo de leguleyos y letrados agitadores. Para Cochin era una conspiración y un golpe de estado impulsado por intelectuales y por la masonería. (Cochin, 1935: 66). La rehabilitación de Cochin fue obra de Furet, que le confirió un tratamiento elogioso en el capítulo 3 de *Pensar la Revolución Francesa*.

¹² Fue profesor de *Historia de Francia* en el Universidad de Londres, becario de la *Fundación Rockefeller* y profesor visitante en las universidades de Chicago y Harvard.

¹³ La enorme cantidad de fuentes de las provincias consultadas por Lefebvre y de Soboul demostraban la supervivencia de prácticas y relaciones feudales en la antesala de la Revolución. Soboul reprochaba a Cobban no considerar al feudalismo como un sistema social ni registrar su perdurabilidad en el sistema señorial que la Revolución abolió el 4 de agosto de 1789. (Soboul, 1974: 23-26).

¹⁴ Trevor Roper, un historiador ennoblecido como *Lord* por Margaret Thatcher en 1979, atacaba a la interpretación marxista de Christopher Hill. Una convincente crítica a las interpretaciones de este autor en Lublinskaya, 1968: 83-86.



marxistas y a quienes, sin serlo, utilizaron sus categoría de análisis. Al igual que Cobban, negaban que el origen y las modulaciones de la Revolución estuviesen correlacionados con el rol de la burguesía y con la dinámica de los antagonismos de clases. El voltaje más intenso de la agresión apuntaba al historiador Albert Soboul, cuyas investigaciones inspiradas en la teoría del materialismo histórico fueron execradas por Furet como un “catecismo revolucionario” y una “vulgata leninista” (Furet, 1971: 255-289).

Frente al enfoque social de la Revolución, Furet y Denis Richet opusieron una interpretación que daba primacía a la política y a la ideología. Su reconstrucción, recibida como creativa y desafiante, sin embargo, reactualizaba perspectivas conservadoras de la Revolución. Siguiendo a Tocqueville, el dúo de intérpretes acentuó una imagen dinámica y modernizadora del antiguo régimen. Según esta creencia, aquel sistema social ya había producido importantes transformaciones económicas que tornaban superflua a la erupción revolucionaria. Si la misma había estallado era por responsabilidad de la tozudez del rey o por los reivindicaciones desaforadas impuestas por las corrientes jacobinas y radicales. La ideología liberal de los autores operaba en el criterio de selección y organización de los datos; también adjudicaba los roles progresistas o retardatarios de los actores y señalaba los rumbos virtuosos o catastróficos escogidos por el fenómeno revolucionario. Según la visión *fureteana*, la Revolución, especialmente en su primera etapa (1789-1793) revelaba una obra moderada y conciliatoria al enarbolar los principios liberales. Tal trayectoria habría sido posible en virtud del liderazgo de una alianza entre la burguesía y la aristocracia ilustrada. El estilo luminoso con que los autores presentaban esa trama se convertía en torvo, sombrío, a la hora de explicar la radicalización del proceso. La hecatombe se habría producido con la irrupción de las masas plebeyas, responsables de un ímpetu radical e igualitarista que *desvió e hizo derrapar* el ciclo de transformaciones, desnaturalizando los objetivos liberales originales. Para la comandita Furet-Richet, los *sansculottes* y el jacobinismo eran una intrusión perversa e ilegítima en la Revolución, promotora de desórdenes demagógicos y consignas inalcanzables que provocaron el Terror (Furet y Richet, 1973: 203, 232, 253).

Durante los años ochenta, Furet encontró condiciones políticas favorables para profundizar el ajuste de cuentas contra la interpretación marxista. Entre otras ventajas, aprovechó el discurso del gobierno socialista, especialmente de líderes como Michel Rocard, de propiciar una “segunda izquierda” (*deuxième gauche*) que la distinguía del comunismo, al que imputaban una naturaleza totalitaria. Furet puso su experticia sobre el pasado al servicio de ese proyecto diferenciador. Lo hizo no solamente desde sus influyentes emplazamientos académicos, sino políticos, como la *Fundación Saint-Simon*, creada y dirigida por él mismo desde 1981; además de recibir el apoyo de la revista *Le Nouvel Observateur*, donde se desempeñó como redactor (Wahnich, 2013:24; Ozouf, 1999: 3-28).

En 1978, Furet acentuó una interpretación más provocadora de la Revolución. Ahora la consideraba un “mito” nocivo para la cultura política de su país. En *Pensar la Revolución Francesa*, el acto revolucionario fue lisamente anatematizado como un producto del extravío y del fanatismo ideológico. La noción de “totalitarismo” ofició como un *portal todoterreno* para captar y juzgar la naturaleza e intenciones de los fenómenos, y las etapas y actores políticos involucrados en la transformación social. También para conectar la estrategia de los grupos radicales



y el “periodo del Terror” con sus herederos contemporáneos, el comunismo, la URSS, el despotismo estalinista. ¿Cómo unir a dos experiencias tan alejadas en el tiempo y el espacio? A través de un concepto, la “ideocracia”, convertida en motor principal de todos los designios de las fuerzas revolucionarias. El rasero *fureteano* era esquemático y lineal. La “ideocracia” jacobina era ontológicamente idéntica a la que 123 años después explicaba cada una de decisiones y eventos desencadenados por los bolcheviques en la revolución rusa. ¿Qué significado tenía esta noción, a la que Furet había reformulado a partir de su prototipo original, creación de Raymond Aron?¹⁵ La “ideocracia” era un concepto compuesto por una enfermiza pasión por la igualdad que inevitablemente engendraba la violencia política (Aeschmann, 2013: 15). Durante la Guerra Fría, las redes internacionales anticomunistas compartieron esta categoría de análisis. El historiador conservador judío Jacob Talmon, otro de los activistas del CLC, enraizaba en tiempos más remotos la ideocracia: la imputaba al racionalismo radical de Rousseau y de los iluministas.¹⁶ A semejanza de un comodín, el término funcionaba como un embudo explicativo donde iban a parar las interpretaciones de los procesos emancipatorios y de todos los intentos de abolición de la sociedad de clases. Resulta difícil no asociar tal categoría con una forma de determinismo ideológico. Los comportamientos, creencias y programas inherentes al término “ideocracia” actuaban como causas autosuficientes de cada una de las acciones y acontecimientos *perpetrados por los grupos radicales*, sean estos jacobinos, bolcheviques, castristas, sandinistas, etc. El filtro interpretativo provocaba un aplanamiento de la complejidad y especificidad de los fenómenos históricos.

Al situar la controversia en un contexto más amplio, se comprende que la lectura del pasado estaba fuertemente amañada por un uso deliberado del anacronismo. La misma ligaba matricialmente el “Terror” jacobino con la represión estalinista y su ominosa sombra, el *Gulag*. La conclusión se desprendía casi con la fórmula de un proverbio: la ocurrida en 1789 y todas las revoluciones, al ser engendros de la “ideocracia”, abrían la puerta a la pesadilla del totalitarismo (Furet, 1980: 25-26).¹⁷

La atmósfera historiográfica, saturada por las proclamas de Furet, fue propicia para nuevos arrebatos revisionistas de índole anticomunista. El tono de la polémica era monocorde: se denunciaban los crímenes masivos de la Revolución como eventos inspiradores de las atrocidades de los “totalitarismos” del siglo XX. En estas filas se sumaron, con nuevos bríos, reaccionarios de la vieja guardia como Pierre Chaunu, el mentor de una nueva generación de investigadores conservadores, entre ellos Reynald Secher (Martin, 2012:14).¹⁸ Este autor radicalizó los denuestos contra la Revolución achacándole otra pavorosa herencia, un “genocidio” sobre sectores contrarrevolucionarios de la región de Vendée, ocurrido entre 1793 y 1796. El

¹⁵ Lo que Furet presentaba como un concepto sofisticado e innovador, Aron lo había utilizado en la década de 1950, para designar el fanatismo de los intelectuales revolucionarios, poseídos por una pasión patológica, propia de una *religión secular*. (Aron, 1972: 157-160).

¹⁶ Las interpretaciones conservadoras de Talmon tenían la flexibilidad de un bloque de granito. En sus textos históricos fustigaba a los pensadores y proyectos políticos que, sin ser revolucionarios, pretendían dotar de contenidos sociales más concretos a la democracia. Los incriminaba como artífices de la “democracia totalitaria” y del “mesianismo político” (Talmon, 1966: cap. 1).

¹⁷ El concepto de *ideocracia* en Furet, 1995: 84. Para un examen de las implicancias políticas de la visión *fureteana* véase: Sazbon, 1991: 37-52; también Traverso, 2012: cap. II “Revoluciones”.

¹⁸ Jean-Clement Martin ubicó a esta “historiografía de la denuncia” en la esfera de influencia de Furet. Con una pizca de malicia, describió a los historiadores vandeanos como los *Chaunu's boys*.



conflicto - una guerra civil fruto de la crisis económica, la reacción campesina contra las levas de guerra, la agitación del clero refractario y las ambiciones restauradoras de la nobleza monárquica-, era presentado por el autor como un laboratorio de futuros exterminios. Secher, que se autoinvestía de fiscal acusador de la “historia oficial”, lo definía como un genocidio pre industrial provocado por la Convención y el Comité de Salvación Pública, en el cual se ensayaron - ¡en 1794! - métodos de aniquilación como la gasificación (*gazage*), los hornos crematorios, el ahogamiento colectivo, el despellejamiento, etc. Enfervorizado por las tesis del autor, Chaunu -cuyas estridentes denuncias históricas eran compatibles con sus admoniciones sombrias de pastor evangelista-, comparaba a los líderes jacobinos responsables de la represión a los vandeanos con... Hitler. El mismo Secher, que divulgó sus opiniones con un polémico perfil mediático, asimiló a los vandeanos con los judíos, reclamando para los primeros una reivindicación por parte de la memoria nacional. La identificación del exterminio de los vandeanos con el de los judíos emparentaba a la Revolución Francesa con el nazismo, tal como patrocinaba en los mismos años el ensayista alemán, discípulo de Heidegger, Ernest Nolte (Secher, 2006: 154-160; Chaunu, 1986: Prólogo; Secher, 1991, 87-89, 196, 202-204).¹⁹

Estos escritores que oficiaban de vengadores de la memoria vandeana eran propensos a deshistorizar los sucesos, colocando a la comunidad de la *Vendée* como una víctima, inerme y pasiva, de un « genocidio »; y no como un conglomerado de actores sociales y líderes políticos contrarrevolucionarios que se batieron en una guerra civil contra la República. Quienes utilizaron el término « genocidio » ni siquiera problematizaron el contenido y los alcances de los sucesos y realidades definidos por el concepto, ya ampliamente publicitado en 1948 por las declaraciones de las Naciones Unidas. Tanto Secher como Chaunu lo utilizaron para ampliar el voltaje mediático de sus convicciones contrarias a la Revolución Francesa y para desalojar sus tradiciones progresistas de la cultura política de Francia.

Especialistas en el pasado vandeano han demostrado que el cruento conflicto provocó miles de muertos, pero no lo consideraron un genocidio o un « populicidio ». Las fuerzas republicanas no identificaron selectivamente a una etnia o un pueblo para exterminarlo; llamaron a destruir a « los bandidos » de aquella región, pero brindaron protección a los refugiados de la Vendée que simpatizaban con la Revolución y eran perseguidos en su comarca de origen. Esa dinámica de enfrentamientos podían ser crímenes de guerra, pero no configuraban un « genocidio ». En la misma época, las drásticas medidas de los revolucionarios también se abatieron sobre extranjeros, nobles y sobre importantes grupos reaccionarios de Lyon, Marsella, Toulon y de la Vendée. Esta evidencia hace que la tipificación de « genocidio vandeano » pierda el sentido, se diluya en lo que fue una práctica que abarcó a varios grupos considerados enemigos, *no por su etnia*,

¹⁹ En la edición de 1986, el libro de Secher fue celebrado y prologado por Pierre Chaunu, otro convencido del genocidio del pueblo *vandeano*. En el prólogo escribió : « No hemos visto jamás la orden escrita de Hitler concerniente al genocidio judío, pero tenemos la de Barrère y la de Carnot relativa a la Vendée » (Chaunu, 1986: Prologo). En tanto demógrafo, Chaunu se volvió un ferviente predicador natalista, militante anti abortista, pastor del templo de Courseulles-sur-Mer, en la Baja Normandía. (Merchet, 2009:17; Dosse, 1988: 230). Una crítica a la comparación de los vandeanos con los judíos del siglo XX en Vidal- Naquet, 1991: 168. Para una interpretación social más compleja de la guerra vandeana, véase Martin.1985, Soboul, 1982.



sino por sus comportamientos políticos contrarios a la Revolución (Martin, 2000 : 23-38).

En años no muy lejanos, este pronunciamiento historiográfico tuvo un eco favorable en el debate político francés. Por iniciativa de varios diputados derechistas, la Asamblea Nacional votó dos leyes en las que se reconocía el « genocidio vandeano de 1793-1794 » y se lo asemejaba a la matanza perpetrada por los Khmer Rouges en Camboya a fines de la década de 1970. (Assemblée Nationale, FR, 2012: 3).²⁰

La historiografía anticomunista lanzó más perdigonadas de literatura contrarrevolucionaria. Bajo el estandarte del integrismo católico se publicó otro anatema, un “libro negro” contra la Revolución (Escande, 2008).²¹ Reunió a varios historiadores, entre ellos Chaunu, Le Roi Ladurie, Secher, Stephan Courtois, Jean Tulard, empeñados en mentar sucesos violentos y sangrientos como esencias inherentes de la Revolución. El texto, estructurado como un catálogo de reproches, presentaba una narrativa de hechos que referían los “excesos” y la depravación de los revolucionarios; reivindicaba a intelectuales refractarios, a los que encumbraba en la categoría de “genios” del pensamiento conservador e incluía, finalmente, una selección de textos/diatribas producidos por el “genio” reaccionario. El tono arcaico de la diatriba se revelaba en el primer artículo de Chaunu, quien imputaba a los sucesos revolucionarios la destrucción de las jerarquías sociales y de los valores católicos de la nación. La obra presentaba un relato maniqueo de la confrontación, en la que se enfrentaban dos únicos bandos, los católicos en el lado luminoso de la escena, y los revolucionarios ateos en la trinchera de las tinieblas. Se omitía la existencia de pensadores católicos en la Ilustración y de los revolucionarios moderados (Meurisse, 2008: 12). La manipulación no reparaba en sutilezas y era responsable de comparaciones grotescas, como designar a Saint-Just precursor del fascismo y sostener que la Revolución era un movimiento antisemita. Poseído por las convicciones de Furet, Stéphane Courtois, un autor *sin antecedentes en la investigación de la Revolución*, sostenía que la misma era la matriz del terror impuesto por Stalin, Mao y Pol Pot (Escande, 2008: 506).

La utilización exclusiva del término “terror” para designar las puniciones del gobierno jacobino y de la Convención, desnudaba las actitudes selectivas y la duplicidad de la corriente “revisionista”. Sus autores no definían con el mismo concepto a prácticas similares o peores (con tormentos incluidos) incoadas por el Antiguo Régimen. Tampoco a la violencia revanchista, *un terror blanco*, propiciada durante el Termidor contra jacobinos y radicales, o la que perpetraron en las provincias las bandas realistas y monárquicas con apoyo desde el exterior. Especialistas en la cuestión, como Jean Clement Martin, historizaron en la larga duración la utilización del terror en la política, discerniendo la existencia de una genealogía de la violencia. La misma, aplicada con anterioridad por el poder monárquico, no fue inventada ni exclusiva del periodo revolucionario jacobino. Investigadores de la historia social postularon un marco de comprensión del “periodo del terror” situándolo al interior de una explosiva dinámica de

²⁰ Union pour un Mouvement Populaire, el grupo de N. Sarkozy, fue el autor de la ley.

²¹ La obra, dirigida por un sacerdote dominico, carecía de prólogo y de conclusiones. El artículo de Chaunu era una republicación de un texto escrito dos décadas antes, en el umbral a los festejos del Bicentenario. Estos datos fortalecen la idea de que el volumen fue construido como una *melange* de cocción rápida para el impacto mediático.



enfrentamientos colectivos. La Revolución utilizó “el terror” para afianzar el poder constituyente del nuevo orden en un proceso de guerra civil y de beligerancia internacional (Martin, 2010: 98-112).

OTRA REVISIÓN HISTÓRICA: EL COMUNISMO COMO RÉGIMEN CRIMINAL

La revisión histórica anticomunista emprendida por la cofradía *aroniana-fureteana* contrastaba con el proceso de paulatina apertura y atenuación de rasgos autoritarios de la URSS y con los cambios operados en los partidos comunistas europeos (adopción de la coexistencia pacífica, disolución del Kominform en abril de 1956, compromiso con los sistemas democráticos parlamentarios, abandono del impulso a la lucha armada, eurocomunismo, autonomización de la URSS por parte de las naciones del Pacto de Varsovia, etc.). La mencionada revisión alumbró una interpretación del comunismo que lo degradaba, sin matices, como una empresa criminal idéntica o peor que el nazismo. Como dijimos, estos juicios no fueron exclusivos de la historiografía francesa, sino que prosperaron en otros países, como Alemania, donde engendraron tórridas controversias.²² En años recientes, en la *posguerra fría*, este canon se exacerbó con la apertura de archivos de la ex URSS, oportunidad que permitió a los investigadores tratar prioritariamente las fuentes que se referían a los aspectos represivos del sistema.

La revisión historiográfica anticomunista más espasmódica se desarrolló en Francia. Además de Furet, esta actitud fue propiciada por la historiadora Annie Kriegel, la fundadora, en 1981, de la revista *Communisme*.²³ Influenciada por la teoría del totalitarismo de Aron (fue discípula en sus seminarios), selló un marco analítico indeleble sobre la naturaleza de los partidos comunistas y del francés en particular. Según esta visión, el Partido Comunista Francés se había dissociado del movimiento obrero local y transformado en un aditamento de la influencia internacional de la URSS. Seguidora de las tesis *aronianas*, consideraba al PCF como una *religión secular* que oficiaba como una *contrasociedad*. Es notable la coincidencia de esta perspectiva con la historiografía norteamericana del periodo macartista, cuyo principal propalador fue Theodore Draper. Más significativo aún es que se haya reparado poco en la antigüedad de tales tesis, que se emitieron desde 1957. Según este esquema de pensamiento, el comunismo, lejos de ser un producto de circunstancias y actores locales, hijos de un entramado histórico singular, siempre era interpretado como un factor exógeno, trasplantado o teledirigido por el poder omnímodo de la URSS (Kriegel, 1968: 146; Draper, 2003).²⁴

Tal como fue utilizado por la historiografía anticomunista, el concepto de totalitarismo, centrado en criterios superestructurales, ideológicos y simbólicos,

²² Ernest Nolte fue el más vehemente instructor de este juicio (Nolte, 2001: 440-444). Sus opiniones provocaron un intenso debate historiográfico. (Augstein, 1993).

²³ La revista fue fundada por Kriegel y Stephane Courtois. La primera había sido una celebrada intelectual del PCF. Se alejó tras la invasión soviética a Hungría en 1956 para iniciar un periplo hacia posiciones conservadoras. Repudió los sucesos de Mayo de 1968, para convertirse en cronista del derechista *Le Figaro*. (Riglet, M., 1989: 74 -75). Una descripción del revisionismo anti *gauchiste* en Francia en Scott Christofferson, 2004.

²⁴ Sobre la visión *draperista*: Bozza, 2014.



era una fórmula envolvente de diferentes sistemas sociales. La clasificación igualaba a comunismo y nazifascismo. Para Furet, el comunismo era una “ilusión”, el brote de un fanatismo ideológico que perpetraba regímenes criminales. La pasión revolucionaria semejava una entrega pseudo religiosa a la acción política. También lo consideraba una “ilusión” porque lo remitía a su dependencia de la Unión Soviética, por lo que una vez que esta desapareciera acabaría por disolverse también (Furet, 1995: 12-14). La interpretación de Furet sobre el accionar del comunismo francés era un balance de negatividades que ni siquiera contemplaba su rol en la resistencia antifascista. La misma era absorbida por el baldón del pacto nazi soviético de 1939. Furet no lo consideraba una tregua por parte de los dirigentes de la URSS para evitar una guerra catastrófica y ganar tiempo para conseguir pertrecharse. Imputaba al PCF una estrategia obstruccionista contra la democracia, a la que jaqueaba a través de las protestas sindicales. Además, tal fuerza política estaba empeñada en una acción irracional: enfrentar a la penetración de los Estados Unidos y rechazar su sistema de alianzas militares en Europa. Este enfoque sombrío se oscurecía más a la hora de considerar a los intelectuales que profesaban la fe comunista y a los llamados *compagnons de route*; según Furet, tal compromiso alimentaba la “vanidad” y el convencimiento de que estaban del lado del pueblo. Las percepciones sobre el pasado del partido eran severos dictámenes *contra todo el período histórico de existencia soviética*, sin ponderar las mutaciones producidas, entre otros factores, por los avances de la desestalinización (Furet 1995: 472-480, 545).

La revisión histórica tuvo un impulso final, a fines de los años noventa, en su versión más catastrofista, la que describe al comunismo como un sistema represor y criminal, tal como sustentaba *El libro negro del comunismo* (Courtois, 1998).²⁵ El texto, un inventario de cifras siderales de las muertes producidas por los sistemas comunistas, está guiado por la intención de igualar a estos con los regímenes nazifascistas. La asimilación se nutría, nuevamente, de la categoría de “totalitarismo”. Tal como lo planteaba Hannah Arendt, el concepto estaba construido a partir de una mirada superestructural de los sistemas, *focalizada en los modos de dominación política*; no a partir de la investigación de la historia social. ¿Cuáles eran las cuestiones de naturaleza superestructural que “igualaban” a los sistemas nazifascistas con los comunistas? La anulación del sistema democrático de gobierno, la organización de sistemas de represión y terror estatal, el control o monopolio de los medios de comunicación, la regimentación de las masas, la propaganda oficial, una ideología única, la yuxtaposición de partido y Estado, la veneración del liderazgo carismático, etc.(Arendt, 1974: 428-438).

El *Libro negro* tuvo enorme suceso comercial y abrió el camino a obras similares que insistieron en reunir a comunismo y nazismo en la misma familia de regímenes atroces, fundados en el exterminio de opositores de raza o clase (Besançon, 2005: 23-29, 155-158).²⁶ Despertó intensas polémicas y recusaciones,

²⁵ Discípulo de Annie Kriegel, Courtois fue militante maoísta ente 1968 y 1971 (Bourselleir, 1996: 277). Una crítica a la soberbia e irracionalismo de las interpretaciones « criminalísticas » en Crespo, 207: 71.

²⁶ Courtois afirmó que el comunismo propició un “exterminio de clase”, para igualar el fenómeno con el exterminio de raza del nazismo. Se basó en una frase de Stalin que, *llamativamente, transcribió mal*. El especialista Jean Jacques Marie desnudó la maniobra interpretativa de Courtois; demostró que donde Stalin recomendaba “liquidar a los *kulacks* en tanto clase”, Courtois sustituyó la palabra “liquidar” por “exterminar”, con el objeto de sumergir al comunismo en la misma mazmorra moral que el nazismo (Marie, 2003: 375).



empezando por la que profirieron dos de sus autores -Werth y Margolin-, quienes rechazaron los argumentos expuestos por Courtois en el prefacio. Estos autores disientan con la igualación que establecía el libro entre doctrina comunista e imposición de prácticas criminales en masa. Reconocían que el autoritarismo había nacido en la conmoción revolucionaria de 1917, acicateado por la amenaza contrarrevolucionaria que dio nacimiento a la *cheka*; y que la represión se había aplicado en diversos periodos de la historia de la URSS. Sin embargo, la historia del comunismo no se agotaba en la narración de estos crímenes; ni los mismos eran el núcleo de la doctrina marxista. Para los autores disidentes, los *raids* represivos no fueron fenómenos constantes en la URSS ni en otros países (donde apenas se esbozaron), sino despliegues producidos en coyunturas históricas específicas, que tenían vaivenes, brotes, resacas y momentos de avances de la liberalización de los controles estatales. La historia del comunismo no podía ser reducido a la historia de la represión ejercida por tales gobiernos (Werth et Margolin, 1997:16). Objetaban el número exagerado de víctimas que le atribuían a los sistemas comunistas, señalando que gran cantidad de las mismas eran el producto de hambrunas (1918-1922, 1932-34 en Rusia; 1959-61 en China), producidas por catástrofes naturales, guerras civiles, ineficacia de la organización de producción, sistemas de requisas, etc.

Otros historiadores franceses pusieron en entredicho la visión de *El libro negro...* y las cualidades explicativas del concepto de totalitarismo. Basado en evidencia empírica de varios casos nacionales, Marc Ferro reportó las distinciones entre comunismo y nazifascismo. Las fundamentó en las diferencias de la naturaleza de las sociedades en las que se implantaron y la variación de la relación que establecieron entre el régimen y la sociedad. En el nacimiento de la URSS, según Ferro, el comunismo vino a destruir los pilares económicos y sociales y el tipo de dominación clasista de la vieja sociedad. La violencia con la que se ejecutó la transformación venía tanto desde la base como de la parte superior de la sociedad. Por el contrario, el nazifascismo se inscribió en el seno de una tradición alemana y el nuevo régimen se apoyó en las elites tradicionales que pervivieron en todo el Tercer Reich (Ferro, 1999: *Preface*). En un registro afín y con una mirada sobre diversos casos del ex bloque soviético, Henry Rousso discutió la legitimidad de la comparación entre ambos sistemas y el carácter “operativo” de un concepto, el totalitarismo, que más bien definía la pertenencia ideológica de quienes lo utilizaban (Rousso, 1999:13-17).

Otros autores, atentos a una reconstrucción histórica contextualizada, superaron el enfoque criminológico de los historiadores apegados a la noción de totalitarismo. La contextualización ubicaba al fenómeno comunista en la trama de conflictos y violencias del siglo veinte, un escenario histórico en el que las fuerzas, partidos y gobiernos defensores del capitalismo desencadenaron crímenes tan o más atroces que los imputados a los movimientos revolucionarios. En las acusaciones contra el comunismo, las reconstrucciones históricas se mostraban flagrantemente selectivas. Según Gilles Perrault, embolsaban en un mismo saco de violencia a experiencias diferentes; por ejemplo a los sandinistas que se mantuvieron y dejaron el poder de manera democrática, con el delirio sectario de Sendero Luminoso (Perrault, 1998: *Preface*). Los mentores del *Libro negro* criticaban a la violencia comunista como si ella estuviera encapsulada y no tuviera ninguna relación con el mundo exterior. Por ejemplo, no contemplaban el rol



contrarrevolucionario de los Estados Unidos para abortar varias transformaciones sociales. Más grave aún, resultaba incomprensible que *escamotearan la existencia del adversario*, la contrarrevolución, factor decisivo para la radicalización de la violencia política de algunos regímenes comunistas. La reconstrucción histórica de Werth se resentía por omisiones groseras. No había en la narración una razón lógica para que se abstuviera de evocar la intervención armada extranjera en Rusia (inglesa, americana, francesa, etc.), con el fin de asfixiar a la revolución y ayudar a los ejércitos blancos zaristas (Riasanovsky, 2000: 474-485; Perraut, 1997: 22-23).²⁷

Otra respuesta al *Libro negro* fue la obra colectiva *Le Siècle des communismes*. Sus autores señalaron las falencias del texto de Courtois: el abordaje meramente fiscalizador y criminológico y la reticencia a elaborar una reconstrucción completa de las interacciones y conflictos de los comunistas con sus adversarios. *Le Siècle des communismes* ofreció un enfoque histórico plural y de larga duración sobre las diversas facetas de la acción de « los comunismos ». El texto contempló la variedad y los matices de las experiencias comunistas, las diversas inserciones geográficas y los distintos grupos sociales que siguieron la causa. Consideraba que el itinerario histórico del comunismo había sido complejo y contradictorio: portador de proyectos de emancipación, inclusión y afirmación de los sectores populares, aunque también responsable de formas brutales de violencia y represión (Dreyfus, 2000: 9-14). Lejos de agotarse, las controversias historiográficas se siguen desarrollando, principalmente en Francia, aunque sus ecos afectaron a ciertos parlamentarios del gobierno de la Unión Europea.²⁸ El fortalecimiento de las derechas en el gobierno de la Eurozona, a comienzos del siglo XXI, siguen atenuando al pasado como un terreno poco hospitalario para el debate intelectual sereno.

PALABRAS FINALES

La historiografía de la posguerra no permaneció inmune a la polarización ideológica inherente a la guerra fría. Así como en la Unión Soviética se propagó la hostilidad a lo que genéricamente denominaron “historiografía burguesa”, en las naciones occidentales el anticomunismo insemínó prejuicios y distorsionó ciertos ejercicios de reconstrucción del pasado. En este trabajo se han señalado los principales actores y motivaciones de un persistente ataque a la historiografía marxista. A pesar de que el mismo se manifestó en varias naciones, el mundo intelectual francés fue el escenario donde se perfilaron los cuestionamientos más acerbos y tenaces. Instituciones y publicaciones alineadas -también subsidiadas- con las estrategias internacionales de los Estados Unidos respaldaron la ofensiva anticomunista. En su interior y en redes afines, prestigiosos historiadores -ex comunistas los más vehementes-, emprendieron una impugnación sistemática de la historiografía inspirada en Marx. El núcleo más enjundioso reconoció en la teoría

²⁷ La intervención extranjera para derrotar a la Revolución y apoyar a los ejércitos blancos fue una expedición multinacional que, iniciada en 1918, involucró a 14 países.

²⁸ El 25 de enero de 2006, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa dictó una resolución sobre la “necesidad de una condena internacional de los crímenes de los regímenes comunistas totalitarios” Conseil d’Europe. Assemblée Parlementaire, *Résolution 1481(2006), Nécessité d’une condamnation internationale des crimes des régimes communistes totalitaires*.



política liberal conservadora de Raymond Aron a su principal fuente inspiradora. Aunque la escala temática de la ofensiva anticomunista fue amplia (y requiere nuevas inquisiciones), esta indagación logró discernir el impacto de su poder de fuego en tres cuestiones relevantes para la disciplina. Una de ellas fue el rechazo a las perspectivas que pretendían desentrañar las claves del cambio histórico en la dinámica de los antagonismos sociales. Los otros cuestionamientos eran un corolario de la negación anterior: Identificaron con notable unanimidad discursiva a la historiografía posicionada en la trinchera occidental de la guerra fría. La voluntad de refutación de la interpretación social de la Revolución Francesa fue la iniciativa de mayor repercusión pública. La operación de “revisión” del gran acontecimiento, amalgamada al interior de la teoría del totalitarismo, pasó por dos etapas. En la primera, se reivindicó a la tradición liberal burguesa como la esencia genuina del Revolución y se imputó a los movimientos radicales la responsabilidad del “desvío” y desnaturalización de las virtudes originales que portaba el proceso. La historiografía anticomunista radicalizó sus proposiciones en la segunda etapa. Resucitando antiguos enfoques –tanto liberales *tocquevilleanos* como conservadores monárquicos-, ensombreció el significado global del proceso revolucionario como una catástrofe de violencia e intolerancia, producida por corrientes de pensamiento radicales e igualitaristas. La naturaleza y dinámica de la ideología, en este caso de los sectores plebeyos, fue el principal, sino el único, vector explicativo del siniestro derrotero iniciado en 1789. El determinismo ideológico autosuficiente, sublimado en la utilización del concepto de “ideocracia”, permitió a los historiadores revisionistas conectar simbióticamente la experiencia revolucionaria francesa del siglo XVIII con la revolución rusa del siglo XX. La ideocracia, una patología de presunta matriz Iluminista que hacía desvariar a los hombres por la consecución de la igualdad, equipara a los jacobinos con los bolcheviques, al “terror” de la Convención con el Gulag, a Robespierre con Stalin.

Aunque algunas de estas querellas estimularon debates interesantes en la historiografía más reciente, también desnudaron las motivaciones políticas de sus mentores. Entre ellas, una resultaba evidente: la deslegitimación de las teorías históricas que cuestionaban el orden y la desigualdad de las sociedades capitalistas y que propiciaban proyectos de emancipación social.

Fecha de recepción: 22 de julio de 2015
Fecha de aceptación: 16 de Noviembre de 2015



BIBLIOGRAFÍA

- Aeschimann, Eric (2013), "Ce qui fut François Furet", *L'Observateur*, 30-05.
- Arendt, Hannah (1974), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- Aron, Raymond (1948), *Le grande schisme*, Paris, Gallimard.
- Aron, Raymond (1967) "Qu'est-ce qu'une théorie des relations internationales?", *Revue française de science politique*, v. 17, n° 5.
- Aron, Raymond (1972), El opio de los intelectuales, Bs As, Siglo XX.
- Aron, Raymond (1984) *Introducción a la filosofía de la historia: ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*, Bs As., Siglo Veinte.
- Aron, Raymond (1990), *Les Articles du Figaro*. Tome 1: "La Guerre Froide:1947-1955", Paris, Editions de Fallons.
- Assemblée Nationale, FR (2012)), *Proposition de Loi N° 4144 visant a reconnaitre officiellment le genocide vendéen de 1793-1794*, 6 mars.
- Augstein, Rudolph (1993), *Forever in the Shadow of Hitler?* New Jersey, Humanities Press.
- Besançon, Alain (2005), *Le malheur du siècle. Sur le communisme, le nazisme et l'unicité de la Shoah*, Paris, Perrin.
- Bourseiller, Christophe (1996), *Les Maoïstes. La folle histoire des gardes rouges français*, Paris, Plon.
- Bozza, Juan Alberto (2015), "Los Annales y la historiografía marxista. Una convivencia inmune a la guerra fría". Inédito.
- Bozza, Juan Alberto (2014), "Navegar en la tormenta"; *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n° 33, FaHCE, UNLP, primer semestre.
- Centre de Sociologie Européenne (1963), *Revue française de sociologie*, v. 3, n° 3-3.
- Braden, Thomas (1967), "I'm glad the CIA is 'immoral'", *The Saturday Evening Post* 20/5.
- Braudel, Fernand (1984), *Civilización material, economía y capitalismo*, t. 2, Madrid, Alianza.
- Burke, Peter (1992), *History and social theory*, Cambridge, Polity Press.
- Cochin, Augustin (1935), *Abstraction Révolutionnaire et Réalisme Catholique*, Paris, Desclée de Brouwer & Cie.
- Cobban, Alfred (1964), *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cobban, Alfred (1971) "The Myth of the French Revolution", in *Aspects of the French Revolution*, Londres, Paladin.
- Courtois, Stephan (1998), *El libro negro del comunismo*, Bs As., Planeta.
- Cox, Marvin (2001). "Furet, Cobban and Marx: The Revision of the 'Orthodoxy' Revisited," *Historical Reflections*, vol. 27, n°. 1.
- Crespo, Horacio, "Para una historiografía del comunismo: algunas observaciones de método", en Concheiro, Elvira y otros, *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007.
- Chaunu, Pierre (1986), Prólogo, en Secher, Reynald, *La Vendée-Vengé. Le génocide franco-français* Paris, P.U.F.
- Dosse, Francois (1988), *La historia en migajas*, Valencia, Alfons el Magnanim.
- Dosse, François François (1998), *History of Structuralism: The sign sets, 1967-present*, v. 2, Madison, University of Minnesota Press.
- Draper, Theodore (2003), *The Roots of American Communism*, New York, Transaction Publishers.
- Dreyfus, M., Groppo, B, Ingerflom, C.S. (2000), *Le Siècle des Communismes*, Paris, Les Éditions de l'Atelier.
- Escande, Renaud (2008), *Le livre noir de la Revolution Française*, Paris, Editions du cerf.
- Ferro, Marc (1999), *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, Paris, Hachette.
- Furet, François (1971) "Le catéchisme révolutionnaire"; *Annales. E.S.C*, n° 26.
- Furet, F. et Richet, D (1973), *La revolution française*, Paris, Fayard.
- (1980), *Pensar la Revolución Francesa*, Madrid, Petrel.
- Furet, François (1995) *El pasado de una ilusión*, Méjico, F.C.E.
- Gremion, Pierre (1987) "Preuves dans le Paris de guerre froide", *Vingtième Siècle*, v. 13, n° 13.
- (2000) "Regards sur la diplomatie américaine des idées pendant la guerre froide"; *Communisme*, n° 62-63.
- Julliard, J. et Winock, M. (1995), *Dictionnaire des intellectuels français*, Paris, Editions du Seuil.
- Kriegel, Annie (1968), *Les communistes français. Essai d' ethnographie politique*, Paris, Editions du Seuil.
- Leboyer, Olivia (2012), *Élite et libéralisme*, Paris, CERN.



- Le Roi Ladurie, Emanuelle (1974), "L' Histoire immobile", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, v. 29, n° 3.
- Lévi-Strauss, Claude (2004), *Antropología estructural*, Méjico, Siglo XXI.
- Lublinskaya, Alexandra D. (1968), *French Absolutism: the Crucial Phase, 1620-1629*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Marie, Jean Jacques (2003), *Stalin*, Madrid, Ediciones Palabra.
- Martin, Jean Clément (1985), *Une guerre interminable. La Vendée deux cents ans après*, Nantes, R. et M. Vivant édts.
- (2012) "Vendée, où est le génocide?", *Causeur.fr*, 24 octobre.
- (2000) A propos du "génocide vendéen". Du recours a la légitimité de l'historien; *Sociétés contemporaines*, v. 39.
- (2010), *Le Terreur, part maudite de la Révolution*, Paris, Découvertes Gallimard.
- Merchet, Jean D. (2009), "Chaunu, la fin de l' histoire", *Libération. Culture*, 24 octobre.
- Meurisse, F. (2008) "Le livre noir de la Révolution Française: une manipulation", *Liberation*, 16 mars.
- Nolte, Ernst (2001), *La guerra civil europea, 1917-1945; Nacionalsocialismo y bolchervismo*, Mejico, FCE.
- Ozouf, Mona (1999), "Francois Furet, journaliste", *Le Débat*, Paris, Gallimard, v. 1, n° 103.
- Perrault, Gilles (1997), "Loin de l' Histoire, une opération à grand spectacle. Communisme, les falsifications d' un livre noir", *Le Monde Diplomatique*, décembre.
- Perrault, Gilles (1998), *Le livre noir du Capitalisme*, Paris, Le Temps des cerises.
- Riasanovsky, Nicholas & Steinberg, Mark D. (2000), *A History of Russia*, London, Oxford University Press.
- Riglet, Marc (1989) "Annie Kriegel: du parti communiste au Figaro", *L'Histoire*, n° 119.
- Rouso, Henry (1999), *Stalinisme et nazisme: histoire et memoire compares*, Paris, Complexe.
- Sazbon, José (1991), "El Marx de Furet"; *Boletín de Historia Social Europea*, n° 3.
- Scott Christofferson, Michael (2004), *French Intellectuals Against the Left*, New York, Berghalm Books.
- Secher, Reynald (1991), *Juifs et vendéens d'un génocide à l'autre. La manipulation de la memoire*, Paris, Olivier Orban.
- (2006) *La Vendée-Vengé. Le génocide franco-français*, Paris, Perrin,
- Soboul, Albert (1974), "Historiographie révolutionnaire classique et tentatives révisionnistes"; *La Pensée*, n° 177, sept/octobre.
- Soboul, Albert (1982), *La Révolution française*, Paris, Gallimard.
- Stonor Saunders, Frances (2001), *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate.
- Talmon, Jacob (1966), *Les origines de la démocratie totalitaire*, Paris, Calmann- Lévy, 1966 (1° ed. 1951).
- Taylor, Chris & Wrigley, J.(2006), *A. J. P. Taylor—Radical Historian of Europe*. London, I. B. Tauris.
- Traverso, Enzo (2012), *La historia como campo de batalla*, Bs As., F.C.E.
- Trevor Roper, Hugh (1955), «La Révolution Anglaise de Cromwell, une nouvelle interprétation», *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, v. 10, n° 3.
- Vidal- Naquet, Pierre (1991), *Les assassins de la memoire*, Paris, La Découvert.
- Wahnich, Sophie (2013), *Histoire d' un trésor perdu. Transmettre la Révolution Francaise*, Paris, Les Praires ordinaires.
- Werth, Nicolas et Margolin, J. L. (1997), «Communisme: retour à l' histoire», *Le Monde*, 14 novembre.